

## PRÓLOGO

---

Pocos escritores dramáticos contaba el Parnaso español, á principios del siglo presente; pocas también fueron las obras que dejaron. Cinco solas escribió Moratín; cinco, Cienfuegos; Quintana, dos; Plano, Meseguer y Sánchez, una cada uno (1). Jovellanos, preso en Bellver, mal podía ya pensar en ficciones poéticas; Enciso, Tapia, Carnerero, García Suelto, Marchena y Saviñón traducían; los demás autores ó traductores no eran muchos, aunque eran malos. Cienfuegos murió en Francia, llevado allí por ser enemigo de los franceses; Moratín emigró por amigo: la segunda visita que nos hicieron nuestros vecinos en el año 1823 arrojó de la Península ó redujo al silencio á los sucesores de Moratín y Cienfuegos. Cuatro poetas dignos de nombre contribuyeron á los teatros de Madrid con alguna obra recomendable en el agitado trienio del 20 al 23: don Francisco Martínez de la Rosa, que dió su moral y bien dialogada comedia *La hija en casa y la madre en la máscara*; don Manuel Eduardo de Gorostiza, que, representado á principios de 1820 su *don Dieguito*, trabajó después algunas imitaciones del francés y varias piececillas políticas originales; don Ángel Saavedra Ramírez Baquedana (duque de Rivas hoy), autor de la tragedia titulada *Lanuza*, muy superior á sus ensayos dramáticos anteriores, y don Dionisio Villanueva Solís, traductor del drama de Chenier *Juan de Calás*, cuya versificación le hubiera granjeado el título de buen poeta, si no se lo hubieran ganado antes las vigorosas traducciones del *Orestes*, y la *Virginia* de Alfieri. Fugitivos de España Gorostiza, Martínez de la Rosa y el futuro duque de Rivas; oculto y confinado después en Segovia Solís, apunador del teatro de la Cruz, aunque digno de más alto empleo, la escena española quedó en tan mísero estado, que de los tres dramatas representados en Madrid para celebrar la restitución de Fernando VII en la plenitud de la autoridad absoluta, hubo de escribir el uno don Juan Bautista de Arriaza, que ciertamente no había nacido con ingenio dramático. Su obra, sin embargo, fué la mejor, porque él al cabo era poeta.

En tal situación, habiendo trascurrido un año, durante el cual sólo se habían representado en la coronada Villa como obras originales, fuera de los

---

(1) *La Orgullosa* de don Juan Francisco del Plano, el *Saúl* de don Francisco Sánchez Barbero y la *Andria* de don Francisco Meseguer no son originales, sino imitaciones, y aun esta última no debió ser escrita para la escena. Así únicamente queda á Plano su tragedia titulada *Gombela y Suni-Ada*; á Sánchez su *Coriolano*, y á Meseguer *El Chismoso*.

dramas políticos, dos comedias, arrancadas de cuajo lastimosamente de dos novelas (1), trajo el vetusto *Diario de Madrid* (único de la Capital, porque la *Gaceta* no era diaria), este modesto anuncio :

« TEATROS. En el del Príncipe á las siete de la noche, en celebridad del cumpleaños del rey nuestro señor (Q. D. G.), estará el teatro iluminado, y se ejecutará la función siguiente: Se dará principio con una sinfonía: en seguida se representará la comedia nueva original, en tres actos, titulada *Á la vejez viruelas*: á continuación se bailará el bolero por María Vives y Pedro González; y se finalizará el espectáculo con la comedia nueva original, en un acto, titulada *Virtud y reconocimiento, ó la entrada del ejército francés en Madrid.* »

No se usaba entonces elogiar las obras dramáticas en los periódicos antes que fueran expuestas al público; no se decía en los carteles si la composición era la primera ó la última del autor; no se habían vulgarizado aún los epítetos de distinguido, acreditado y célebre, ni se vendían los billetes para la función nueva un mes antes que se representara: el público madrileño, menos aficionado á la declamación que á la ópera, concurría sin aceleramiento á las funciones llamadas de *verso*, generalmente escritas en prosa; palmoteaba á Rafael Pérez, á Cubas y á Carretero; oía con benevolencia á Luis Martínez y á Ramón López; sufría pacientemente á los racionistas; descomponíase cuando alguno se equivocaba. Para los autores no había misericordia: verdad es que no solían ser conocidos, y así la reprobación cargaba sólo sobre la obra. Hoy la prensa diaria divulga el nombre del autor mucho antes que la obra se represente, y aun quizás antes que haya sido escrita; sin embargo, aquella diferencia de suerte entre el autor y el actor subsiste idéntica. El actor de mérito, aunque no todos los días sea igual á sí mismo, aunque no todo lo represente bien, aunque algunas veces trabaje mal, no por eso suele ser desairado: los errores se le perdonan, equitativa y aun justamente, en gracia de los aciertos. Pero escriba un poeta una obra endeble, después de veinte que hayan sido aplaudidas; si no se ase á buenas aldabas, el mérito de las veinte no salvará del naufragio á la veintiuna. Esto es muy natural. El trago engendra cariño: el público ve y trata más de cerca á los actores que á los autores.

La comedia titulada *Á la vejez viruelas* obtuvo lisonjera acogida. Testigo fué un joven, de diez y ocho años entonces, que sólo pisaba el teatro de tarde en tarde, porque su padre no era aficionado á recreos, que, sobre ser costosos, acababan cerca de media noche. Todavía recuerda bastante bien este testigo la traza del teatro y el aspecto general de la concurrencia en aquella ocasión. La embocadura, más estrecha que la que tiene ahora el *Teatro Español*, unas pilastras estriadas jónicas á los lados, un escudo enorme de talla con las armas reales en medio del arco: en el telón, deslucido ya y roto, una alegoría muy bien pintada: Minerva mandando á los genios de las artes colocar en el templo de la Fama los retratos de los ingenios españoles. Palcos divididos con pared; antepechos altos; sobre el sitio destinado á las mujeres, llamado *cazuela*, el palco real descubierto, colgado y con el retrato de Fernando VII; todos los espectadores con el sombrero en la mano: en las lunetas

(1) *El Durmiente despierto* y *Don Quijote y Sancho Panza en el castillo del Duque.*

algunos con uniforme de gala; capas y chaquetas en galerías y patio; pocos guantes, poco lujo en lo general del auditorio; en el ornato del teatro, ninguno: la iluminación de cera constituía el lujo de aquella noche. Alzóse el telón; aparecieron en el tablado Joaquín Caprara y Gertrudis Torre (los actores no usaban don en aquella época); hicieron una profunda reverencia al retrato del rey, y la actriz principió diciendo... lo que el lector verá pocas páginas más adelante.

« ¿Quién es el autor de esa comedia? preguntaba el testigo anónimo á un empleado, que tenía algunas relaciones con las compañías. — Un riojano que ha servido de voluntario, un cesante. Era secretario de una intendencia en tiempo de la *indefinida*, y se ha quedado á pie como todos. Dicen que es joven de provecho: á los diez y nueve años escribió esa comedia. — ¡Hola! añadió otro interlocutor, bachiller en leyes. Pues el que hace eso á los diez y nueve años, vena fecunda tiene. Mucho bueno, muchas comedias espero de él. »

Poco más que esto dió que hablar la comedia original del cesante. El público había venido á verla; se había divertido, y se retiró en paz á su casa.

Veinticinco años después se leían en diez ó doce periódicos de Madrid estas ó semejantes palabras:

« Mañana 20 de noviembre se verificará la primera representación de la comedia titulada *¿Quién es ella?*, cuyo autor persiste en guardar aún rigurosamente el incógnito. »

¡Cuántos sucesos en veinticinco años! Pierde sus colonias España; Francia conquista á Argel; álzase Atenas, capital de un reino independiente y cristiano; una dinastía cae; otra le sucede y cae también; estalla una guerra civil; arde, quema, devasta, mengua y se extingue. — El mundo entero se había renovado en un cuarto de siglo; ¿qué mucho que se renovara un teatro?

El del *Príncipe* había perdido su nombre: su aspecto interior era otro. Bajas y cómodas butacas de terciopelo encarnado sustituían á las antiguas lunetas con asientos de badana y respaldo elevadísimo; la cazuela, el palco real y los tabiques de los otros habían ya desaparecido: luz vivísima de gas iluminaba el arqueado recinto, donde por todas partes se veían dorados y seda: la embocadura presentaba, en el mismo lugar que ocuparon las pilastras antiguas, los retratos al óleo de los seis grandes poetas de la escena española, Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Rojas y Alarcón... ¡Alarcón, que en 1824, ciento ochenta y cinco años después de su muerte, aun no había conseguido que la posteridad le hiciese justicia! Teatro, actores, trajes, espectadores, todo era nuevo, todo era diferente de lo del año 24; hasta el fin con que el público asistía era otro: en 1824 iba á saber qué cosa era la comedia que se le ofrecía; en 1849 iba á averiguar quién era el autor de una comedia: veinticinco años ha el público veía el drama sin acordarse del autor; veinticinco años después oía el drama con impaciencia, anhelando sólo saber quién le había escrito.

« ¿Quién es él? ¿Quién es él? decían á la vez varios curiosos al espectador anónimo de *Á la vejez viruelas*, ya con canas y anteojos. — Aun no es posible decirlo: dentro de poco se acabará el secreto. »

Y poco después era notorio que el autor de *¿Quién es ella?* y el autor de *Á la*

vejez viruelas eran una misma persona : el poeta dramático más fecundo y popular de España, DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

La profecía del bachiller se había cumplido : entre la obra de 1824 y la de 1849, DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS había escrito sesenta y ocho originales, sin las piezas de *circunstancias*, cincuenta y nueve traducciones y nueve refundiciones de comedias antiguas : ciento treinta y seis obras en todo (1).

Desde la edad de oro de nuestra literatura dramática, desde esa brillante época de siglo y medio, que finalizó en Cañizares principiando por Lope, nin-

(1) Son las siguientes :

ORIGINALES : Á la vejez viruelas; Los dos sobrinos; Achaques á los vicios; Á Madrid me vuelvo; El Ingenuo; La falsa ilustración; Marcela; Un tercero en discordia; Un novio para la niña; Elena; El hombre gordo; Mérope; Todo es farsa en este mundo; Me voy de Madrid; La redacción de un periódico; El amigo mártir; Una de tantas, *en un acto*; Muérete ¡y verás...!; Don Fernando el Emplazado; Medidas extraordinarias, *en un acto*; Ella es él, *id.*; El poeta y la beneficiada; El pro y el contra, *en un acto*; El hombre pacífico, *id.*; Flaquezas ministeriales: El qué dirán; Un día de campo; El novio y el concierto, *en un acto*; No ganamos para sustos; Una vieja; Vellido Dolfos; El pelo de la dehesa; Lances de carnaval, *en un acto*; El cuarto de hora; Dios los cría y ellos se juntan; Cuentas atrasadas; Mi secretario y yo, *en un acto*; ¡Qué hombre tan amable!; Lo vivo y lo pintado; La pluma prodigiosa; La batelera de Pasajes; La escuela de las casadas; El editor responsable; Pruebas de amor conyugal; Finezas contra desvíos; Los solitarios, *en un acto*; Estaba de Dios; Un novio á pedir de boca; Un francés en Cartagena; El Carnaval de los demonios, *en un acto*; ¡Por no decir la verdad! *id.*; Una noche en Burgos; Pascual y Carranza, *en un acto*; La independencia; Á lo hecho, pecho, *en un acto*; ¡Cuidado con las amigas!; Aviso á las coquetas, *en un acto*; Lo que es vivir en buen sitio, *id.* Don Frutos en Belchite; Frenología y magnetismo, *en un acto*; Errar la vocación; Un enemigo oculto; Memorias de Juan García; El intendente y el comediante, *en un acto*; ¿Quién es ella?; Los tres ramilletes, *en un acto*.

INÉDITAS : Mi dinero y yo; La hipocresía del vicio.

Después de dada á luz la colección de Madrid, ha publicado el autor las siguientes obras dramáticas originales : Una ensalada de pollos; Por poderes; La escuela del Matrimonio; El novio pasado por agua (zarzuela); El valor de la mujer.

TRADUCCIONES : Lujo é indigencia; Andrómaca; La llave falsa; La ciegucecita de Olbruck; Ifigenia y Orestes; Doña Inés de Castro; Dido; El caballero á la moda; El sitio del campanario; Engañar con la verdad; El amante singular, ó el legado, *en un acto*; La autoridad paternal; El paseo á Bédlam, *en un acto*; El suplicio en el delito; María Estuardo; Ingenio y virtud; El que menos corre vuela, *en un acto*; La astucia contra la fuerza, ó los tres presos; El contumaz; Mitridates; Los primeros amores, *en un acto*; Ariadna; El cómico de la legua; Desconfianza y travesura, *en un acto*; Antigone; El confidente, *en un acto*; Querer mandar en casa, *id.*; El amante prestado, *id.*; El médico del difunto, *id.*; Jocó; El regañón enamorado; El poetaastro, ó la boba fingida; El aturdido; Mi tío el jorobado, *en un acto*; Carolina, ó la fuerza del talento, *id.*; La madre política, ó la rubia y la morena; Yelva, ó la huérfana rusa; El viaje á Huelva; El segundo año, *en un acto*; El desertor y el diablo; Vallenstein; La familia del boticario, *en un acto*; Cómo se pasa el tiempo, *id.*; Por la novia y por la dote; El albañil; Un año, ó el matrimonio por amor; No más muchachos, *en un acto*; La hermanita, *id.*; La nieve; La loca fingida, *en un acto*; La fe de bautismo, *id.*; El colegio de Tonington, ó la educanda; Los dos preceptores, *en un acto*; Mi empleo y mi mujer; ¿Se sabe quién gobierna?; Los hijos de Eduardo; Un agente de policía; La primera lección de amor; La mansión del crimen, *en un acto*. — De estas traducciones hay varias que no se han impreso, algunas que no han llegado á representarse, y otras que se han extrañado.

REFUNDICIONES : Los Tellos de Meneses; La carcelera de sí misma; ¡Qué de apuros en tres horas!; El Príncipe y el villano; No hay cosa como callar; ¡Si no vieran las mujeres!; Con quien vengo; Las paredes oyen; ¡Fuego de Dios en el querer bien!

gún buen escritor escénico había hecho otro tanto. Los sucesores de Cañizares, los Zavalas y Comellas, escribieron mucho, pero mal, y despojando al prójimo : don Ramón de la Cruz compuso trescientos sainetes; pero no todos eran de invención propia, ni aquel trabajo es tan difícil como el de la buena comedia, ni la cantidad de versos invertida en ellos equivale á más que á la de unos cincuenta dramas en tres actos de mediana extensión : el poeta contemporáneo que más cerca está de DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS en abundancia de obras, no ha dado á luz todavía más que unas cuarenta : es indudable, pues, que el señor BRETÓN excede en fecundidad á todos los escritores dramáticos que ha tenido España durante un siglo.

De la popularidad que sus obras alcanzan, darán testimonio las repetidas ediciones hechas en Madrid, en Caracas y otros puntos de América, las falsificaciones de varios impresores barceloneses, y la colección formada con mucha anterioridad á ésta por don José María Lafradua en Méjico.

Si los libros se imprimen para ser leídos, nadie tiene más derecho á la lectura que el autor popular y fecundo. En la fecundidad, naturalmente vuelta la variedad, que produce el deleite : el que deleita á un pueblo merece ser leído de los demás, porque se erige representante del gusto nacional literario.

Sin embargo, gustos hay poco dignos de elogio. Obras agradaron, populares fueron autores en el siglo pasado, que de nadie son leídos en éste : su fecundidad y popularidad no los pudo salvar del olvido, muerte, sempiterna de los partos de ingenio, muerte sin esperanza de resurrección. Permítase á la amistad que me une con el autor de estas obras, permítase á la estimación con que las miré desde que vi la primera, muchos años antes de tener ocasión de conocerle y tratarle, que exponga brevemente cuál es el carácter especial por que á mi ver se distinguen : es decir, qué son, por qué son así, y qué es lo que valen.

El teatro de DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS comprende piezas de los tres géneros en que se divide la poesía dramática; el trágico, el cómico y mixto; pero la mayor parte, casi la totalidad de sus composiciones, pertenece al género cómico. Ha escrito el señor BRETÓN alguna comedia novelesca á la antigua, ha escrito algún drama de invención ó histórico á la moderna : pero lo más y mejor de su teatro, lo que verdaderamente le da fisonomía propia, consta de comedias de costumbres y caracteres, cuyos personajes son de la clase media. Es, pues, en general el teatro del señor BRETÓN una dilatada galería de cuadros que representan la clase media de España en tres épocas diferentes, marcando con exactitud las alteraciones que han ido sucediéndose en ella : desde 1824 á 1833 ofrece un aspecto de homogeneidad y reposo : en los diez años siguientes resaltan la agitación y trastorno de un pueblo en lucha : desde 1843 la agitación va sosegándose. Las circunstancias generales de la época en que principió á escribir el señor BRETÓN decidieron de la forma y dimensiones del lienzo en que había de ejercitar su pincel : escribió la comedia como se podía, como se debía, como era forzoso escribirla entonces, y como, pasada esa revolución que trastornó la república de las letras, ha vuelto á escribirse. Tino en la elección y firmeza en el propósito le han ganado triunfos imperecederos.

Los perceptistas del siglo XVIII habían establecido reglas de que nadie

osaba apartarse. Moratín había declarado que la comedia española necesitaba mantilla y basquiña : era artículo de fe literaria que la comedia debía ser una acción entre personas particulares. Abolido el régimen constitucional en el año 1823, restaurados los privilegios de clase, restablecida la censura, no pudiendo ningún español escribir ni hablar de los ministros del poder, desde el secretario del Despacho al ínfimo corchete, claro era que la alta comedia, la comedia con señoría, la representación de los vicios de los poderosos era políticamente imposible, al mismo tiempo que por el código literario estaba poco menos que prohibida. Hubo así de limitarse el señor BRETÓN á la clase media, porque la superior tenía delante el *Noli me tangere* de su posición, y el *Non plus ultra* de la forma dramática entronizada por Moratín. — Efecto de otras causas, también ahora hay vicios, harto generales á fe, que no puede escarnecer el poeta. La posteridad extrañará no ver en el teatro moderno castigadas nuestras ridiculeces, nuestros vicios, nuestras culpas graves en materia política. ¡Oh! no lo extrañe : cuando todos pecan, es imposible que unos se rían de otros. Una comedia en que se ridiculizase á los blancos, sólo podría ser escrita y gustar entre negros.

Elegidos por el señor BRETÓN para sus comedias hechos propios de personas particulares, el lenguaje que debía prestarles había de ser necesariamente el que ellas emplean de ordinario entre sí. Eso que enfáticamente llaman algunos *lenguaje de buen tono*, jergonza medio francesa, propia y exclusiva de sujetos que han estudiado tal vez dos ó tres idiomas, ninguno de ellos el castellano; ese dialecto caprichoso y fugaz que varía cada año bisiesto, no era conocido en la clase media cuando el señor BRETÓN comenzó á escribir, y aun hoy día no ha cundido mucho : el carácter nacional lo resiste. Son los españoles independientes por naturaleza, y por lo mismo no muy sociables : el español ó se pasa sin trato ó lo quiere familiar y sin etiqueta : donde la franqueza predomina, el lenguaje es sencillo y enérgico, en vez de ser afectado y asustadizo. Tal era el habla de la clase media en Madrid, cuando el señor BRETÓN dió á luz sus primeras obras, y tal es la que ha puesto en boca de los personajes en ellas introducidos. Gente de mediana condición que se expresa en buen castellano, es la que aparece con más frecuencia en el teatro del señor BRETÓN por las razones ya indicadas de necesidad y verdad. No se les pida un remilgo impropio : quédese para los autores de melodramas eso de alterar las leyes de la naturaleza, y hacer tal vez á los arrieros hablar como académicos de la lengua.

Con dos fines se debe, y con uno se suele escribir la comedia; para corregir al pueblo, para educarle, y para tenerle propicio y contento : los dos son de provecho común; el otro de utilidad propia. El primero es el sistema de Alarcón, de Molière y de Moratín, ridiculizar el vicio : el segundo es el de Calderón, realzar las virtudes : el tercero es el de la escuela francesa moderna, embellecer las flaquezas humanas y hacerlas plausibles. Burla, alabanza y lisonja ó caricatura, belleza y afeite son los tres medios que tiene á su disposición el poeta dramático : el postrero es muy fácil, el segundo ya es trabajoso, el primero difícilísimo : éste eligió BRETÓN. Los argumentos que maneja van siempre dirigidos á un fin saludable. Sígase el orden cronológico de sus inventivas, y se verá que al principio se emplea en la corrección de defectos

individuales; después se erige censor de las costumbres de un pueblo; más adelante sus lecciones ya son para la humanidad entera. Primero se contenta con escarmentar viejos enamoradizos y parientes sin apego á su sangre; alza después el velo engañoso que oculta los vicios de las aldeas; revela luego los secretos y mezquinos móviles que rigen las acciones humanas, haciendo ver que en este mundo nada es lo que parece, todo es fingimiento, *es farsa* todo. Ya manifiesta la incompatibilidad de cariño entre una señorita melindrosa de corte y un ricacho indisciplinable de provincia : ya saca á luz las arterias de un tuno decente, que beneficia la amistad como una mina de rica vena; ya da útiles avisos á las coquetas, ya instrucciones importantes á las casadas. Cuando la censura se lo permite, penetra en las secretarías del Despacho á espiar las flaquezas ministeriales : cuando cree que los censurables dejarán que se les amoneste, ridiculiza á los que por darse á la política descuidan sus negocios ó faltan á las obligaciones de su ejercicio : se engaña en su cálculo y escarmienta. Tras una comedia de pensamiento grave, cual *Muérete y verás...!*, obra de las mejores de nuestra época, produce dos ó tres piececitas en un acto, como *El pro y el contra*, *Ella es él* y *El hombre pacífico* : junto á un cuadro de costumbres campestres, como *Dios los cría y ellos se juntan*, nos da en *El cuarto de hora* una pintura elegante de costumbres urbanas. Por último, deseoso de satisfacer al bello sexo, cuyos defectos había censurado, aunque blandamente en tal y cual obra, junta en *¿Quién es ella?* las más ricas flores del ingenio para tejer la corona de la hermosura; busca los sonidos más armoniosos de su lira para cantar las virtudes de la mujer.

Estos pensamientos, morales todos, ó son de invención propia, ó de tal manera manejados que, no siendo nuevos, el autor los ha hecho legítimamente propiedad suya. Otras plumas se habían ejercitado antes en algunos de ellos; la de BRETÓN supo hacer que la semejanza de asunto desapareciese entre la diferencia de forma. Picard había pintado en *La petite ville* un francés, que harto de París, iba á un pueblo á vivir á gusto, y tenía que salirse de él renegando : con igual idea escribió el señor BRETÓN su comedia *Á Madrid me vuelvo*; pero cotéjese una con otra, y se verá que en ambas son tan distintos los caracteres, los lances y el diálogo, como el país y el tiempo á que pertenecen. Poco menos puede decirse del *Ingenuo*, comparado con el *Misántropo*; de *La escuela de las casadas*, respecto de *La Nouvelle école des femmes*; de *Finezas contra desvíos*, parangonada con *Palabras y plumas*; de *Un novio á pedir de boca*, puesta al lado de la comedia inglesa *Rule a Wife and have a Wife* (1), imitada en alemán con el título de *Stille Wasser sind tief* (2). Originalidad de los argumentos, ó en el modo de plantearlos, ó en uno y otro, es una de las cualidades que brillan más en el teatro del señor BRETÓN.

Aun es más original en los caracteres. No los elige, no ha podido elegirlos de mucho bulto, porque los principales, como el Hipócrita, el Avaro, el Embustero, el Murmurador, la Desdeñosa, el Vano y los Celosos, ya estaban pues-

(1) *Gobierna á tu mujer y tendrás mujer*, de Fletcher.

(2) *Aguas calladas son hondas* (*Guárdate del agua mansa*), de Schröder.

tos para siempre en escena por Molière, Alarcón, Moreto, Destouches y Calderón de la Barca; en los caracteres de segundo orden, en la pintura de los vicios, manías ó defectos menores, que tanto abundan y perjudican tanto en el trato común de las gentes, DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS no tiene, en nuestro concepto, rival en España ni fuera. En estos retratos la semejanza es completa, el pincel fácil y seguro, el colorido fresco, vivo, centelleando verdad y gracia. ¿Quién no ha conocido á un hablador como don Martín Campana y Centellas? ¿En qué tertulia no se cita el nombre de alguna viuda, igual punto por punto á Marcela, ó el de una ú otra coquetilla, como la que figura en *Una de tantas*? Aquel don Elías de *Muérte ¡y verás...!*, tan superiormente dibujado, el mayordomo del *¿Qué dirán?*, todos los personajes, sin exceptuar uno, de *Dios los cria y ellos se juntan*, el sargento Briones de *La Batelera*, y la doña Amparo de *Me voy de Madrid*, ¿no son tipos, de cuya verdad patente depondría con juramento la sociedad entera? Ni Plauto, ni Moreto, ni Tirso, ni Regnard, los cuatro poetas de más gracejo de Roma, de España y Francia, hubieran trazado estos caracteres con más verdad, ligereza y chiste.

Verdad es que en la dicción cómica el señor BRETÓN aventaja á todos los poetas que conocemos. — En filosofía y artificio, en grandeza de miras ó conocimiento de un público dado, autores hay que podrán disputarle la primacía; en el manejo de la lengua, en el uso del metro, en la chispa del diálogo, no hay escritor moderno ni antiguo que se mantenga á su altura: el sello que llevan sus obras, hasta hoy no ha sido falsificado. Esta fecundidad de gracejo, cualidad dominante, idiosincrasia, por decirlo así, del ingenio del señor BRETÓN, es la explicación de su sistema, la clave, el rasgo característico, el verdadero carácter de sus obras. Su pluma, rica de sal, ha necesitado argumentos y caracteres en que pudiera correr sin tropiezo; donde hay mucha acción, donde las pasiones y los lances ocupan gran parte del diálogo, la *vis cómica* no halla lugar suficiente: el señor BRETÓN ha debido rechazar esta clase de asuntos, y preferir aquellos en que pocas personas y acción sencilla le permitían derramar las gracias de una vena abundante. Con más acción y menos chiste hubiera hecho el señor BRETÓN comedias más parecidas á las de otros, menos nuevas y originales; con menos acción y más gracejo ha enriquecido la escena española con obras únicas en nuestra literatura. Cuando él principió, el ingenio dramático español estaba adormecido y acobardado; los que le sentían en sí, creían como Moratín que en manifestando una vez que sabían escribir, habían cumplido, aunque ya no escribieran más: el señor BRETÓN creyó por el contrario que el que sabe es el que tiene obligación de escribir, porque si no, da lugar á que le ocupen el puesto los ignorantes. Muy pronto y con mucha felicidad le siguió don Antonio Gil y Zárate; siguiéronle después don Francisco Flores Arenas, don Mariano José de Larra, don Ventura de la Vega y otros autores cómicos hasta don Tomás Rodríguez Rubí, el más aplaudido de todos; pero el señor BRETÓN DE LOS HERREROS tiene la gloria de haber sido el primero; tan original como el que más; fecundo, correcto y festivo como ninguno. Su filosofía es humana y risueña, su chiste no amarga; no trata de profundizar mucho, porque se propone enseñar riendo.

Tal vez engalana sus fábulas con bellos trozos de poesía lírica; pero generalmente su dicción es sencilla, juntando en el verso la sonoridad del ritmo con la exactitud de la prosa. En las formas de construcción es severísimo; en el uso de la metáfora no le hay más libre: ninguno ha dado acepciones más nuevas y oportunas á las palabras, encontrando así el chiste donde nadie le hubiera buscado. Aunque se han hecho imitaciones de algunas obras suyas, no ha formado escuela: en su género ha sido solo. Imagen fiel de una época, su teatro, hasta lo que le falta, contribuye á darle carácter: lo que allí se echa menos no podía estar. Esto son, esto han debido ser y esto valen las comedias del señor BRETÓN. Muchas en número, grandes en mérito, una sencillísima reflexión dará á entender el aprecio que se les debe. Por sola una obra han conseguido varios autores extranjeros y nacionales inmortalizar su nombre. *La Metromania* y *El maligno* mantienen á Pirón y á Gresset en la jerarquía de buenos escritores escénicos; *El Socorro de los mantos*, *El castigo de la miseria*, *La Raquel* y *Numancia* bastan para ilustrar á don Carlos de Arellano, á don Juan de la Hoz, á Huerta y Ayala: fácilmente se puede formar una lista de comedias de BRETÓN seis veces más grande, que tienen derecho como las seis citadas para pasar á la posteridad.

Por eso han hallado tan buena acogida en teatros y gabinetes, en todos los rincones de España y América. No todas han sido igualmente felices en la prueba escénica; de la prueba de la lectura todas salen airosas. Hombres y mujeres que no ponen los pies en el teatro saben de memoria trozos y escenas del repertorio de BRETÓN: á cada paso oye uno en las conversaciones, convertidos ya en frases de uso general, versos que le pertenecen. Esta aura popular, que por espacio de quince ó diez y seis años había corrido sin tropiezo, tuvo su fin natural y preciso: la admiración continuada se debilita y se desvanece: los triunfos se pagan, y el señor BRETÓN había obtenido muchos. Circunstancias de varia índole obraron una revolución en el gusto del público: alabanzas imprudentes engendraron cargos injustos. Hombre hubo que trató de probar el mérito de las comedias de BRETÓN alegando que agradaban sin tener argumento; otro dijo después que el público no podía sufrirlas, cabalmente por aquella falta. Uno y otro partían de un principio falso. Esas paradojas ridículas, esas suposiciones manifiestamente arbitrarias, esas vaciedades que sólo pueden correr en broma, suelen ser recibidas sin dificultad por el vulgo: pasado algún tiempo, cobran autoridad y quedan por artículos indudables de fe. Hablando con juicio, no hay quien sostenga que las comedias del señor BRETÓN, ó de otro autor, carezcan de argumento: bueno ó malo, grande, pequeño, toda obra lo tiene: nadie escribe sin proponerse un fin. Con aquella hipérbole extravagante querían decir algunos que BRETÓN daba poca acción á sus obras, lo cual equivalía á no decir nada. La acción de la fábula dramática no tiene dimensiones fijas: tan acción es la de *Casa con dos puertas* como la del *Si de las niñas*, no obstante que de una á otra hay diferencia enorme. Lo que importa es que la acción, grande ó chica, esté desenvuelta cumplidamente y con desahogo, sin comprimirla cuando es extensa, sin estirajarla cuando es reducida: el que imagine que en las obras del señor BRETÓN falta ó sobra, pruebe á quitar ó añadirles algo, sin que el todo

padezca. Tan verdadero es este principio, que justamente aquellas obras del señor BRETÓN más sencillas en su argumento, *Marcela*, *El pelo de la dehesa* y *El cuarto de hora*, son las que el público saborea con mayor gusto; fuera de que no se puede afirmar sin grave injusticia que sean escasas de acción otras, como *Los dos sobrinos*, *La redacción de un periódico*, *El amigo mártir*, *No ganamos para sustos*, *Cuentas atrasadas*, *Muérete ¡y verás...!* y *La Independencia*, que bastan y sobran para acreditar á un autor de rico y hábil en el artificio y desempeño de la trama cómica. Pero no nos cansemos en una justificación ya innecesaria: el gusto ha tomado mejor camino, y el tiempo ha vuelto sus derechos á la razón. La forma sencilla del drama bretoniano prevalece hoy día: entre las obras escénicas, más aplaudidas hace unos años, figuran *La rueda de la fortuna*, *Bandera negra* y *El hombre de mundo*, que no son de seguro más copiosas de acción que las siete citadas.

No se ha hecho aquí mérito de las traducciones del señor BRETÓN hasta ahora, porque tratándose de un autor nacional, riquísimo de suyo, parecía poco importante tratar de esa clase de préstamos de la literatura extranjera, préstamos en verdad con que por mucho tiempo han vivido los teatros de España. Pero si la traducción de *Aminia*, harto fácil de hacer, ha dado tanta fama á don Juan de Jáuregui, ¿no se le deberá alguna al traductor de *Los hijos de Eduardo*, *María Estuardo* y *¿L'amant bourru?* Poco se le ha tenido en cuenta este mérito, que á otros ha valido muchísimo. El señor BRETÓN no ha sido siempre ni en todo el hijo mimado de la fortuna.

No obstante, hallar el teatro español sin vida y ser el primero á resucitarle, dar á la literatura una especie de drama nuevo, recoger laureles en todas, enriquecer el idioma con frases agudas y significados ingeniosos y peregrinos, conquistar para la poesía un tesoro de rimas indóciles, ocupar los tablados y embargar la voz de la fama desde Palma á Cádiz, de Méjico á Chile, no es ciertamente un destino infeliz. El público oyente ha exigido á veces mucho del señor BRETÓN, porque le tenía en mucho, y su severidad era señal de aprecio; el público lector siempre le ha sido fiel y benévolo. Buena ocasión se le presenta ahora para manifestarlo admitiendo esta colección con el mismo aprecio que las ediciones sueltas, y perdonando por la bondad del libro la prolijidad y molestia del prólogo. ¡Ojalá esta publicación señale para las letras el principio de una edad más feliz que la que llevamos pasada! La colección de las obras de DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS, hecha por él mismo, es una novedad grande: en eso va también delante de todos. Desde el tiempo de Lope ningún autor cómico ha hecho en España colección de sus obras.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

NOTA. — Con este mismo prólogo y con el prefacio que sigue se ha publicado en España recientemente una colección completa de las obras dramáticas y líricas de DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS, que consta de cinco tomos en cuarto mayor, y se halla de venta en Madrid, librerías de Pérez, Cuesta, Monier y Bailly-Bailliére, y en el establecimiento tipográfico de don Francisco de Paula Mellado.

## PREFACIO DEL AUTOR

« Habiéndose el autor reservado el derecho exclusivo de publicar en colección sus producciones literarias, ha llegado el caso de verificarlo. La mayor parte son harto conocidas del público para que sea necesario dar idea de ellas: tampoco le es lícito encomiarlas. Á falta, pues, de la fraseología con que en anuncios semejantes procuran editores y autores captarse la buena voluntad de los suscriptores, el que echa á volar este prospecto tiene la ventaja de poder decir que ninguno de los que le favorezcan podrá llamarse engañado. Sólo se trata de reproducir en cuerpo de obra metódico y homogéneo los dispersos materiales dados ya á luz en diferentes formas y períodos desde el año de 1824. Comprenderá la edición algunas obras inéditas; pero, valgan éstas lo que valieren, no pueden quitar ni añadir muchos quilates al mérito del conjunto. Revisadas escrupulosamente una por una antes de darlas á la prensa, desaparecerán de ellas en esta edición todos los leves defectos que el autor advierta y acierte á corregir. Enmiendas de más importancia, ni tiene tiempo para hacerlas, ni á su juicio podría intentarlas sin defraudar en cierto modo de una especie de propiedad suya al público que tantas pruebas de benevolencia le tiene dadas. Por otra parte, limando demasiado sus escritos perderían en originalidad y vigor más de lo que ganasen en tersura y corrección. »

Esto dije al anunciar por primera vez la edición de mis obras reunidas, y esto bastaba entonces para mi propósito y para gobierno del público: ahora añadiré algunas advertencias y haré algunas explicaciones concernientes á mi teatro, que ni eran de aquel lugar ni cabían tampoco ni venían á cuento en el prólogo que precede.

Principiaré por dar las expresivas gracias á su erudito y apreciable autor, *el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch*, mi buen amigo y compañero, por el espontáneo y afectuoso arranque de bienquerencia con que se brindó á hacerme este obsequio desde que supo que yo empezaba á pensar seriamente en coleccionar mis obras, y por haberme cumplido su generosa oferta con pluma tan parcialmente amistosa, que en verdad me ruborizan muchos de sus trozos, y le rogaría que los suprimiese, habiendo de figurar en una publicación de que juntamente soy autor y editor, á no tener sobradamente probada la independencia de su carácter el justamente célebre autor de *Los Amantes de Teruel* para que nadie que le conozca pueda acusarle de compadrazgo.